

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS
ESPEJO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 6 DE MAYO DE 2024

GRANADA
MMXXIV

Esta publicación ha contado con una subvención de la Consejería de Transformación Económica, Industria, Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía.



Junta de Andalucía

Consejería de Transformación Económica,
Industria, Conocimiento y Universidades

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada

Depósito Legal: Gr/550-2024

Los toros en las buenas letras.
Recuerdos de una afición

[...] el toreo es, probablemente, la riqueza poética mayor de España, increíblemente desaprovechada por los escritores y artistas, debido principalmente a una falsa educación pedagógica que nos han dado y que hemos sido los hombres de mi generación los primeros en rechazar. Creo que los toros es la fiesta más culta que hay en el mundo; es el drama puro, en el cual el español derrama sus mejores lágrimas y sus mejores bilis. Es el único sitio adonde se va con la seguridad de ver la muerte rodeada de la más deslumbradora belleza.

Federico García Lorca

Excelentísimo señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Señoras y Señores Académicos,
Señoras y Señores, amigos todos:

Sin mayor merecimiento que haber llegado a la edad Reglamentaria, siguiendo el cumplimiento de nuestros Estatutos comparezco para dejar constancia de mi interés y deseo de acceder a esta nueva categoría de Académico Supernumerario dentro de nuestra corporación de derecho público. Al decidirme a hablar sobre algo en apariencia tan amplio y complejo, aunque no exento de controvertidos ánimos, he de aclarar para alivio del auditorio, que tan sólo me referiré a algunos aspectos a los que he accedido dentro de mi afición a través de las letras: de la lectura y de la escritura, y de alguna que otra conferencia.

¡Va por ustedes! Mis comienzos en esta afición a los toros, al toreo, o de forma más pomposa a la tauromaquia, tienen precisamente un origen literario. En mi infancia y adolescencia me pasaba largos ratos con los cuatro primeros volúmenes de *Los toros. Tratado técnico e histórico* de José María de Cossío. Solía ojearlos, hojearlos, en incluso leía algunas secciones como los índices alfabéticos biográficos de matadores, picadores, banderilleros y novilleros. También eran objeto de mi curiosidad los índices de ganaderías en España y en América, y el capítulo de cosas taurinas, amén del apéndice de léxico taurino, “Vocabulario taurino autorizado”. De esta manera, además de familiarizarme con nombres y términos especializados, me ilustraba en la lectura de una prosa cuidada, en la explicación e ilustración de conceptos, y en la exposición de la representación escrita

de una concepción del mundo muy diferente a la que estaba habituado en la lectura de mis manuales de bachillerato de lengua, literatura, historia o matemáticas. Ver la fotografía del Gallo o de Manolete y leer comentarios de sus faenas o de sus “espantás”, según el caso, era sumergirme en una perspectiva hasta entonces ignota para mí, pues era poder acceder a un pasado de forma directa, con testimonios de contemporáneos, con apreciaciones y opiniones para mí tan atractivas como desconcertantes. Como muestra citaré unas palabras tomadas de la entrada correspondiente a nuestro paisano Salvador Sánchez Povedano *Frascuero*:

Con respecto a *Frascuero*, todos parecen unánimes en ponderar su manera resuelta e impresionante de acudir a los quites, sin reparar en terrenos u otras circunstancias (vol.3, pág. 901).

Ya aquí se despertaba mi sorpresa al leer palabras como “quites” y ”terrenos” con su semántica tan precisa como novedosa. El espacio y el tiempo asomaban de manera definitiva y me colocaban, aunque fuera sólo con la mente, en un tendido desde el que atisbaba unos movimientos con unos propósitos y su resultado.

Como explicación actualizada de una de aquellas perplejidades, mencionaré lo que me pasaba cuando oía o leía el término “embroque”, que en el tratado de Cossío se define de la siguiente manera:

“La posición en la que el torero se halla respecto al toro, cuando si no se moviera, llevaría la cornada” (*Tauromaquia de Montes*). SANCHEZ DE NEIRA hace una explicación más prolija refiriéndola al tiempo más bien que a la posición. He aquí las palabras esenciales: “El momento de ganar el toro el

terreno del diestro, metiéndose en su jurisdicción y teniéndole por único objeto al dar la cabezada” (vol 1, pág. 61).

Valga esta cita para explicar cómo llegué a establecer una relación inmediata al comprender esa realidad de lugar y tiempo por medio de la crítica literaria, concretamente leyendo a M. M. Bajtín cuando escribió:

Daremos el nombre de *cronotopo* a la conexión intrínseca de las relaciones temporales y espaciales que se expresan en literatura artísticamente (*The dialogic imagination by M. M. Bakhtin*, edited by Michael Holquist, Austin: University of Texas Press, 1981, pág. 84. La traducción es mía).

Espero no pecar de presuntuoso si afirmo que a partir de esa lectura del sabio ruso cada vez que veía un pase en el ruedo inmediatamente se me venía a la boca la palabra “cronotopo” notando que, al fin y al cabo, la escritura se fija desde la realidad de las cosas, por mostrencas que éstas sean, y en general muchos de esos pases se inscriben en una representación artística igualmente, y que es única e irrepetible creando esa presencia de lugar y tiempo de forma inmanente.

Las lecturas que me han acompañado en esa afición han sido, por supuesto, las más clásicas tanto desde la perspectiva del exterior como en nuestra propia lengua. De las primeras, aparte de las más conocidas como la obra de ensayo de carácter antropológico e histórico de Richard Ford en *Gatherings from Spain* de 1855, donde dedica a las corridas de toros los capítulos XXI y XII, o la novela de Prosper Mérimé *Carmen* de 1847, he de mencionar de

forma explícita el primer acto de la obra teatral de John Dryden de 1673, *La conquista de Granada por los españoles* (en mi edición y traducción de 2010) que recoge una corrida de toros en la *Sierra de Ronda* [sic] con caballeros moros como diestros. Entresaco algunos versos para ilustrar la certera visión del poeta laureado de Carlos II:

Así, mientras resistía, el toro al ver al enemigo
Olvidó con premura sus fáciles conquistas
Y embistiéndole con furioso golpe,
De su testuz doblada administró herida doble.

Nadie podría negar la vivacidad del momento, que el autor inglés no vivió ciertamente, pero que probablemente habría leído en la descripción del diplomático inglés Hyde, quien visitó la corte de Felipe IV en 1649 para pedir ayuda a favor del que llegaría a ser Carlos II, tras la ejecución de su padre Carlos I, y escribió la relación del espectáculo de toreo a caballo que presencié. La antigüedad y la tradición de la fiesta resultan aquí probadas en los versos de un poeta y dramaturgo inglés que hace un traslado tan vertiginoso como elegante de un espectáculo presenciado por un contemporáneo suyo. Sobre la novela de Mérimée, inmortalizada en la ópera de Bizet, sólo mencionaré que, en el libreto de la ópera, en la célebre aria “Votre toast, je peux vous le rendre”, se mencionan de forma alternativa las palabras “toréro” [sic] y “toreador”, lo que para muchos oyentes resulta raro sobre todo en nuestra lengua, atribuyendo el segundo uso a la lengua francesa. En realidad “toreador” es la palabra española usada en tauromaquia como sinónimo de torero y también en forma específica para referirse al

torero a caballo, esto es, al picador. En el *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia Española, edición de 1791, se lee en la correspondiente entrada: “TOREADOR s. m. El que torea. Aplícase regularmente al que lidió los toros a caballo, á [sic] distinción del torero”. Independientemente del sentido en el libreto de la ópera, a mí me ha interesado el uso arcaico de “toreador” en la acepción de torero a caballo pues hasta la primera mitad del siglo XIX los matadores y los picadores se anunciaban aparte, como artistas independientes. Lo de la cuadrilla de picadores y banderilleros, aunque comenzó a finales del siglo XVIII, no se hizo común hasta mediados del siglo XIX cuando muchos matadores ya se anunciaban con cuadrilla que incluía picadores (Adrian Schubert, *Death and money in the afternoon*, New York: Oxford University Press, 1999, págs. 55-56). Todo esto, de procelosa apariencia, es para explicar mi interés por la singular significación, ya preterida, de “toreador” y su hipotético continuismo con significado distinto al de torero a pie, lo que constituye un evidente caso de variación y cambio lingüísticos que nos remite al estudio del léxico histórico.

Hablar de buenas letras es hablar también de sus autores, de sus obras y acciones. Por ello, he de mencionar el importante dato relativo a la profunda amistad entre Miguel Hernández y José María de Cossío. Cuando el malogrado poeta tuvo dificultades familiares Cossío lo acogió en su casona de Tudanca y más tarde, cuando Miguel Hernández fue condenado a muerte, Cossío consiguió del ministro del Ejército, el general Varela, que se le conmutara la pena en junio de 1940, como demuestran las cartas que se conservan en la Casa Museo de Tudanca (Ignacio de Cossío, *Cossío*

y *los toros*, Madrid: Espasa, 1999, págs. 32-33 y reproducciones fotográficas). Miguel Hernández fue su secretario en la editorial Espasa Calpe y uno de los colaboradores en la redacción de los primeros volúmenes de *Los toros*, amén de colaborador con Cossío en la edición de rarezas históricas sobre el toreo.

Mis recuerdos taurinos no serían nada sin la lectura de la obra de Manuel Chaves Nogales y especialmente de su *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas*, Madrid: Editorial Estampa, 1935 (hay una edición facsímil del Ayuntamiento de Coria del Río, 1992). Chaves Nogales muestra su maestría al retratar al “Pasma de Triana” en toda su compleja dimensión humana y artística a través de las memorias que dicta el propio diestro. A mí me llama la atención sobremanera el capítulo XVI, “El miedo del torero”, en el que hay un diálogo entre Belmonte y el miedo; desde la cama, al despertarse el día de la corrida, se repiten las palabras del diestro y el miedo:

El miedo se repliega al verle a uno irritado, y hace como que se va; pero queda allí en un rinconcito, al acecho. [...] La irritabilidad del torero en esos momentos es intolerable. [...] Ese altercado con el miedo es inevitable. Yo, por lo menos, no me lo ahorro nunca y creo que no hay torero que se libre de tenerlo. El ser valiente en la plaza o no serlo depende de que previamente haya sido reducido a la impotencia este formidable contradictor, este enemigo malo que es el miedo (pág. 38).

Chaves Nogales imprime su peculiar prosa llena de matices y sutiles observaciones a la vida de quien para muchos es sólo una figura del espectáculo, un personaje de

los toros. El alma de Belmonte surge de las líneas de este libro con un reconocimiento tan brillante como profundo de la aguda percepción del arte del toreo. Casi al final de la obra explica Belmonte:

El estilo es también el torero. Es la versión que el espectáculo de la lucha del hombre con la bestia, viejo como el Mundo, toma a través de un temperamento, de una manera de ser, de un espíritu. Se torea como se es. Esto es lo importante. Que la íntima emoción traspase el juego de la lidia. Que al torero, cuando termine la faena, se le salten las lágrimas o tenga esa sonrisa de beatitud, de plenitud espiritual que el hombre siente cada vez que el ejercicio de su arte, el suyo peculiar, por ínfimo y humilde que sea, le hace sentir el aletazo de la Divinidad (pág. 127).

Lejos de cualquier vulgaridad están la prosa del autor y la personalidad de Juan Belmonte en esta magistral biografía, obra maestra de las buenas letras, aunque sea del toreo para maleficio de algunos.

Esta afición de la que hablo se ha visto acompañada por una ficción soberbia, una narrativa extraordinaria y bien conocida que siempre ha tenido el contrapunto de la sangre en la arena y la muerte por la tarde, pero que en algunos casos no ha logrado su total consecución, como ocurre con Ignacio Aldecoa que proyectó concluir su primera trilogía, “La España inmóvil” que incluía *El fulgor y la sangre* y *Con el viento solano*, con una tercera novela de título *Los ojos del toro* sobre el mundo taurino. Circunstancias inesperadas impidieron su aparición pues Aldecoa murió en 1969 de un infarto en casa de Domingo *Dominguín* poco antes de asistir a una tienta. Menciono esto por marcar

una singular ausencia. Respecto a obras en otras lenguas mencionaré únicamente, por lo que tiene de exótico y de reflejo universal, la novela de Salman Rushdie *Midnight children* de 1981 en la que el narrador, Saleem, cuenta cómo un compañero suyo del colegio, Sonny, fanfarronea:

Voy a ser torero; ¡España! ¡Chiquitas! ¡Eh, toro, toro! [sic] Se puso la cartera delante como la muleta de Manolete y representó su futuro mientras el autobús pasaba por la esquina de Kemp [...].

Con todo, sólo quiero enfatizar que una afición se hace y se deshace, lo que tiene que ver en mi caso con la lectura. Ésta es siempre variada y compleja, no sólo reducida a la creatividad literaria como tal. La atención también la he dirigido a las letras de la reflexión fuera de la afición. Como en su día escribiera Ortega en su epílogo al libro de Domingo Ortega *El arte del toreo* (Madrid: Revista de Occidente, 1950) la atención a los toros no es sólo del aficionado, veamos pues lo que nos dice al respecto:

Yo no soy un «aficionado a los toros». Después de mi adolescencia son contadísimas las corridas de toros a las que he asistido, las estrictamente necesarias para poder hacerme cargo de cómo «iban las cosas». En cambio, he hecho con «los toros» lo que no se había hecho: prestar mi atención intelectual con generosidad al hecho sorprendente que son las «corridas de toros», espectáculo que no tiene similaridad con ningún otro, que ha resonado en todo el mundo y que, dentro de las dimensiones de la historia española en los dos últimos siglos, significa una realidad de primer orden.

Para Ortega lo fundamental es la reflexión, su papel de “analizador de humanidades”. Esto lo explica de manera más directa cuando afirma que

[...] el toro es el animal que embiste. Comprenderlo es comprender su embestir. [...] la furia en el hombre es un estado anormal [...] El toro es el profesional de la furia [...] (“Borrador del epílogo para Domingo Ortega”, en *Obras completas*, Madrid: Alianza Editorial, 1983, vol. 9, pág. 460).

No ha sido Ortega el único destacado intelectual español que ha prestado atención al fenómeno de los toros. Enrique Tierno Galván, “el viejo profesor”, escribió un ensayo editado repetidas veces desde su primitiva aparición en 1951 en la revista *Clavileño*. “Los toros, acontecimiento nacional” aúna la visión del sociólogo y la sensatez de la afición. Analiza Tierno el papel del espectador, la realidad del espectáculo, la convivencia de la totalidad del pueblo, algo interclasista de veras, la presencia de la muerte en la fiesta, la trascendencia de la comparación literaria con Don Juan quien burla al amor como el torero burla al toro... Sin contar las referencias léxicas que explica y comenta con precisión de socio-lingüista. No elude lo que para mí es muy importante, la realidad artística. Casi al final de su ensayo escribe:

Al torero se le llama «artista» en el sentido de creador de belleza, y, desde luego, lo es, teniendo plena conciencia de que la figura y la dignidad plásticas prestan al lance un peculiar estilo, que elevan la lidia al máximo de tensión estética; belleza y galanura ante la muerte, ¿cabe tema estético de mayor vitalidad?

Resulta especialmente interesante ver cómo se aplica con precisión la dicotomía de lo plástico y lo estético. No entender la unión de ambas realidades es quedarse sólo en el espectáculo. Estas palabras ilustran coherentemente una afición que no es sólo pasión. Y si la hay, ésta se ve acompañada de las miradas del otro, lo que se activa con sutileza y sensible perspectiva. Esto ocurre, por ejemplo, con los versos de José Bergamín a Rafael de Paula:

Rafael de Paula torea
con la izquierda al natural
lo mismo que Manuel Torre
cantaba la soleá.

Y cuando le da la gana
perfila con el capote
la seguriya gitana.

Sevilla, 12 de octubre 1975

(Un poema inédito de José Bergamín, *Quites. Entre sol y sombra*, nº 5, 1986)

El uso de la comparación en estas letrillas es algo más que un recurso retórico acertado, pues nos conduce de manera directa al concepto artístico de unión del toreo y del cante, del embroque y del compás. Ciertamente hay en nuestra tradición poética un magnífico florilegio de poesía taurina, lo que no es baladí. Muchos son los poetas que han dedicado sus versos al toro. Y sería enciclopédica tarea, fuera de mi capacidad e interés actual, hacer una mención pormenorizada. No obstante, mencionaré algunos de los autores que me acompañan y me han acompañado en estas

lides. Son dos poetas, bien distintos, pero no distantes. Fernando Villalón y Gerardo Diego. Hay un tercero al que conocí ya en mi madurez lectora de la mano de Miguel d'Ors, que lo había estudiado a fondo y había escrito sobre él: Rafael Morales y su "Poemas del toro", de 1943. Su lectura amplió mi visión poética del animal.

De Fernando Villalón diré que su poesía taurina está acompañada por sus propios pasos en la dehesa, generalmente a caballo, y siempre encumbrada en una inmarcesible devoción a la naturaleza, a la flora y a la fauna. En todo momento encontré en su poesía un remanso de sensible observación, de aspiración del aire de las marismas, de la diferente heroicidad de toro y torero y, sobre todo, de una sublime comprensión del toreo más allá del espectáculo, más allá de la fiesta alegre y bulliciosa. Me reveló Villalón esa vertiente aparentemente épica y a veces descuidada por esconderse en resplandores verbosos, y me mostró la potente relación de diversos tiempos y espacios en la concepción de sus versos. Véase una estrofa de "La toriada", de 1928:

Marchan cantando en coro los cautivos
—de los centauros presa—,
plañideras canciones de camino
—al son del esquilaje (entre la espesa
nube de polvo)—; y en el remolino
de monstruos fugitivos,
sus voces se entrecruzan discordantes
con aire de clarín desconcertantes

(*Poesías. Andalucía la Baja, La toriada, Romances del 800. (Antología)*, prólogo de José María de Cossío, Madrid: Hispánica, 1944, pág.126).

La anticipación de la corrida en la mención del clarín añade una visión del hado que acompaña inexorablemente al encierro cantado por el poeta con tono tan mitológico como metonímico. El toro, los caballos, la neblina mañanera, los caballeros lidiadores, el avezado caballista, las marismas silenciosas... se agrupan en los versos con fuerza, sin descanso, y llevan a quien lee a un precipicio semántico envolvente y rápido. La consideración de la suerte de “los hijos de los ríos” es el lamento del final por un animal ante quien no reúne las cualidades que son necesarias para lidiar. Se lamenta el poeta de un fin inapropiado:

Nuevos Sansones entre filisteos
los viejos toros de la Iberia vieja
en los nuevos torneos,
su antiguo Dios sin compasión los deja
(“La toriada”, pág.133).

Mezcla Villalón en su canto la mitología clásica (Zeus, Poseidón, las ninfas, los centauros) las referencias bíblicas y las expresiones contemporáneas de mayor calado sentimental, como cuando escribe que los toros son condenados “sin madrina de guerra y entregados”, y describe al picador que no sabe ejecutar su suerte como “un rudo jayán”. Hay toda una panoplia de expresiones que revelan el sentimiento de un aficionado, de un entendido, de un hombre del campo a caballo, que no para mientes en lanzar su acerba crítica ante un espectáculo que no cumple con su misión principal: la artística. Esos versos tienen un decidido tono elegíaco que, a través de una elegante intertextualidad referencial, llevan a una lectura distinta del entusiasmo del aficionado

común, de quien espera una loa de la fiesta, del espectáculo como tal. Los versos de Villalón son una historia contenida y valiente, sin concesiones. Citaré de este autor como curiosidad bibliográfica, y por su interés intrínseco, el librito *Semblanzas de matadores*, (Edición, introducción y notas de Jacques Issorel, Colección Soto de Roma, Fuente Vaqueros 2022) que me regaló nuestro amigo y compañero Juan de Loxa, quien consiguió el manuscrito autógrafo y con quien planeé una fallida presentación con clarines y timbales en una plaza de toros... Me hizo también nuestro amigo el regalo de enseñarme el autógrafo original en tinta roja y en tinta negra, y que pude leer con contenida emoción al pensar que esas letras habían salido directamente de la mano, y del corazón, de su autor. Se trata de la edición de un manuscrito de siete hojas sin numerar con dieciséis poemas de los que entresaco el dedicado a Rafael Gómez Ortega, *Gallo*:

Es soberano inventor
Mas su imperio ... abandonó
Por cuatro chalecos viles...
Y escoltado por civiles
De muchas plazas salió ...
Mientras tuvo facultades,
Sus faenas ideales
Quedaron en los anales
Por su gracia y picardía,
Que en resortes y alegría
Nadie llegará hasta Él:
Rafael.

El gracejo y la genial ocurrencia de Villalón pueblan estos poemas que al parecer no figuran en sus obras completas, pero que podemos leer y disfrutar gracias a la incansable búsqueda de nuestro llorado amigo.

En Gerardo Diego se encuentra una literatura taurina amplia y constante que no deja indiferente a quien la lee. Su tono es marcadamente reflexivo y de una intelectualidad notable, notándose su condición de filólogo. Su lectura más completa es la edición *Poesías y prosas taurinas* (Valencia, 1996), a la que me referiré al citar al poeta. Antes de mencionar alguno de sus poemas mencionaré a un artículo publicado en 1972 de contenido muy cercano, pues “la paradoja de un poeta aficionado” trata ni más ni menos que del “Elogio a las fiestas que se hicieron en Granada por septiembre de 1609 años” de Pedro Soto de Rojas. Cita, entre otros, los siguientes versos, que nos acercan al habitante del carmen albaicínero:

Afrentan su braveza los rejonos
y ellos se vengan, que matando mueren.
¡Oh regocijo infame, oh fiestas viles!
hijas de anfiteatros de gentiles (pág. 320).

Sabe Gerardo Diego adivinar en el verso barroco la intención más allá del poema, lo que los lingüistas seguidores de la llamada teoría de los actos del habla denominan fuerza elocutiva, es decir, la intención y creencia del hablante al proferir el enunciado. El canónigo paisano nuestro y tan bien explicado por Antonio Gallego Burín, por Antonio Gallego Morell y más recientemente por José Ignacio Fernández Dougnac, se nos presenta como un aficionado

más, un aficionado del Siglo de Oro que iba a los toros como Lope o Góngora. El poema recoge esa crítica del aficionado al espectáculo cuando está vacío de arte, cuando duda de su valor. No me cabe duda de que al pasar por lo que queda del Carmen de los Mascarones el recuerdo y la memoria agrandarán el paraíso cerrado añadiendo un aire de dehesa o de coso a las fuentes y arbolado... Gerardo Diego vivió su vida de aficionado en su literatura de forma continuada y siempre dedicó su tiempo a su afición, por lo que su obra es amplia. De su variada producción bien estudiada por especialistas sobresalen en mis lecturas “A Juan Belmonte (boceto para una oda)”, “Adiós a *Manolete*” y el soneto “Oración por Juan Belmonte” del que cito el último terceto:

Todo el ruedo se ha abierto en horizonte
Y cómo alanceaba y qué armonía.
Apiádate, Señor, de Juan Belmonte.

Esos versos recogen sumariamente el sentir del poeta y su admiración por el torero.

No estaría completa esta reflexión mía sobre mis propias lecturas y afición si no mencionase un género de gran interés y fundamental: la crónica taurina. Grandes nombres jalonan este género y no puedo dejar de citar las crónicas ya históricas de Gregorio Corrochano y las que he leído de Antonio Díaz Cañabate, del malogrado Vicente Zabala, o del polémico Alfonso Navalón, y más recientemente las de Andrés Amorós. No obstante, mencionaré de forma más específica al periodista de *El País* Joaquín Vidal por dos razones: primero, por su original estilo y porque, como

otro crítico escribió, parece que sólo había visto torear a *Bombita* y al *Guerra* dados sus parámetros de juicio; y segundo, porque me parece que es el único cronista taurino que ha tenido lectores fuera de la afición. Para dar una idea clara de su capacidad y estilo mencionaré una crónica de la feria de Almería el 24 de agosto de 1979 titulada “La fiesta fue gastronómica”, en la que repasa detenidamente la merienda de los espectadores y lo que hacían: “medio de gambas y tres cuartos de cigalas”, “tocinitos de cielo”, “empinaban botas”, “el presidente merienda”... y así hasta completar tres cuartos de la crónica del día, pues el párrafo final despeja cualquier incógnita para su lectura:

Eran más de las nueve cuando abandonábamos la plaza, después de dos horas y media de corrida. La gente salía muy contenta. ¡Y tanto, con la merendola que se había echado al cuerpo! El desencanto para aficionados es, no obstante, que los toros de Felipe Bartolomé, tan bonitos y tan buenos, se quedaron sin torear (Joaquín Vidal, *Crónicas taurinas*, Madrid: Aguilar, 2002, págs. 31-33).

Aparte de la ironía y la claridad del autor, sobresale cómo distingue la distancia entre los aficionados, que se van desencantados, y los espectadores, que se van merendados. Se trata de algo de lo que hemos hablado entre amigos repetidas veces y de lo que ya escribí hace varios años: la diferencia entre público y afición, y dentro de ésta las distinciones sutiles y graduadas de aficionado, entendido, y taurino.

La apreciación de la dimensión artística en el toreo no es monopolio del aficionado y ni siquiera del iniciado. Esa apreciación puede surgir en cualquier momento como

pude yo mismo comprobar hacer varios años. Ocurrió en una corrida de toros a la que me habían invitado junto con un amigo a asistir en una privilegiada localidad del callejón, viendo bullir a toreros, picadores, mozos de espadas, agentes de la autoridad, ganaderos y diversos auxiliares. Nuestro anfitrión me pidió el favor de que le explicara lo necesario a otro invitado, un joven inglés y propietario de una galería de arte en Londres, que para mayor señal de identidad diré que era nieto de Harold Macmillan. La conversación estaba ya asegurada de todas todas. Al final de la corrida nos despedimos y, estrechándome la mano, muy seriamente me miró a los ojos y dijo algo así como: “Verdaderamente, aquí hay arte”. Junto a algunos lances de capote y dos o tres series de pases por la izquierda, eso constituyó para mí, he de confesarlo, lo mejor de la tarde.

El bullicio de la plaza, los olés, la salva de aplausos, la pañolada, la bronca torera o los insultos forman parte del fulgor del espectáculo, de su consecución y desarrollo. Pero el aficionado no forma parte de eso, aunque ocasionalmente participe. La colocación en el ruedo, el trapío del encierro, la disposición y entrega de los toreros, la combinación de valor, técnica, y arte, junto al desplegar de forma real los principios de parar, templar, y mandar, todo esto conforma lo que va a desarrollar ese duelo entre la vida y la muerte. Ya escribí hace varios años lo siguiente, que mantengo con igual convicción:

El toreo es un espectáculo en el que se dan cita elementos propios de una sociología histórica determinada, del antiguo régimen con la nobleza y las clases populares, del mundo rural y de la necesidad urbana de diversión, además de complejos

componentes antropológicos. [...] Resulta difícil entender un espectáculo si no se entiende su valor de acontecimiento y más si éste no se funda en algo importante como es su consecución artística. No hay una celebración poética de la muerte, aunque sí una consideración de la misma y un sentido de vencerla. No se celebra la muerte del toro, sino la vida del torero. No es una incursión en antropología sino una extensión de la reflexión poética por otros medios: resaltar la vida y su valor, manteniéndola a través “del valor del coraje”

(“La poética del toreo: acción y escritura en la representación taurina”, *XVIII Simposio de la SELGYC*, Alicante, 2012, págs. 383-393).

Confío en que he logrado dar a entender el significado de una afición que no tiene por fundamento solamente un espectáculo único, sino que ha procurado siempre la orientación y la compañía de las Buenas Letras.

¡Larga vida la Academia!

Muchas gracias.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS ESPEJO
(Madrid, 1953)

Catedrático de Filología Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Jubilado. Cursó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada, donde se licenció en 1975, y completó su formación en varias universidades europeas y en los EE.UU, dedicándose a la enseñanza de la lengua inglesa como profesor de Instituto de Bachillerato, durante cuatro años, integrándose posteriormente como profesor de la Universidad de Granada a tiempo completo. Su interés por los estudios lingüísticos, y más concretamente por la llamada lingüística de la escritura, la estilística y la retórica, surgió desde muy temprano, al traducir a Virgilio y a Homero en el curso de pre-universitario y en los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, y especialmente en la redacción de su tesis de sintaxis inglesa.

La lectura de los clásicos y el estudio de las incipientes teorías lingüísticas, que marcaron un aire de continuada renovación a los tradicionales estudios filológicos, no sólo fueron una clara y reveladora guía de método en su desempeño docente, sino que supusieron a la vez una forma diferente del contemplar el mundo, en especial el mundo del pensamiento y la expresión del mismo en la literatura como representación lingüística.

Participó en la fundación de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos, desde su primer congreso en 1977, y en la formación de la Asociación Española de Lingüística Aplicada en 1983, al igual que se incorporó a

la Sociedad Española de Literatura General y Comparada en 1985, y ha sido socio de la Poetics and Linguistics Association desde 1987 y de la Sociedad Española de Literatura y Lengua Inglesas Medievales. De estas bases asociacionistas surgió y se consolidó un sentido del estudio de la lengua y su representación escrita en torno a la función de la traducción y a los modos del comparatismo; lo que ha sido una constante de método y de objeto de estudio. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Leeds (R.U), en 1985, y en la Universidad Lingüística de Moscú, en 1992.

Su primera monografía fue un estudio de la narrativa inglesa, centrado en la estilística del discurso, los recursos lingüísticos contenidos y su representación escrita, *Estilística del discurso narrativo*, 1992. Posteriormente, su estudio sobre el discurso metafórico, *La metáfora*, 1993, supuso una revisión de las ideas lingüísticas más destacadas del siglo XX y una aplicación de las mismas a diversos aspectos de la lengua. *Retórica de la lengua inglesa*, 2002, es un intento de clasificar los procedimientos comunicativos del inglés actual a través de los sistemas de la retórica funcional; y en *El verbo con sentido. Diálogo sobre la retórica y su actualidad*, 2003, se lleva a cabo un diálogo al modo clásico sobre cuestiones de comunicación y expresión con referencia a asuntos de actualidad. Su vertiente más histórica, sobre aspectos lingüísticos y geográficos, se materializó en el libro *Las fronteras de los ingleses*, 2008, que hacía un recorrido por la extensión y expansión del pueblo inglés y su lengua. También colaboró en ediciones sobre poética contemporánea, como co-editor con José M^a Pérez de *Approaches to the poetics of Derek Walcott*,

2001, y más tarde, en 2013, como co-editor con Rocío. G. Sumillera de *The failed text*, obra que recogía algunas de las contribuciones de un simposio internacional celebrado en 2012 sobre el texto fracasado: amputaciones textuales, malas traducciones, obras incompletas, reescrituras fallidas y hasta géneros preteridos. En 2010 apareció su traducción de *La conquista de Granada por los españoles* de John Dryden, obra de singular valor en la literatura inglesa del siglo XVII.

Igualmente ha colaborado en diversos diarios y revistas nacionales y extranjeros con estudios y ensayos sobre William Shakespeare y Antonio Machado, Pedro de Mexía y Christopher Marlowe, la innovación de James Joyce, la narrativa de Raymond Chandler, las novelas de Iris Murdoch, la prosa de Geoffrey Chaucer, la Biblia en Inglaterra, la ficción académica de David Lodge, la obra de Roman Jakobson, la figura de Robert Graves, la poesía y la prosa de José Antonio Muñoz Rojas y su relación con la literatura inglesa, la influencia escandinava en Inglaterra, la poesía anglosajona en la obra de Jorge Luis Borges, la crónica anglo-sajona, el género biográfico, diferentes consideraciones sobre diversos aspectos de la prosa inglesa de los siglos XVI, XVII y XVIII, y sobre los toros como espectáculo histórico y artístico.

Otras publicaciones: *El primer toque la trompeta contra el monstruoso gobierno de las mujeres*, de John Knox, 2016, con Rocío G. Sumillera. La traducción y edición de parte de la obra de George Saintsbury en el libro *La bodega de un literato*, 2016; *Antigüedad y tradición en las letras inglesas*, (Mirto Academia) 2018; *William Slyngisbie. El ataque a Cádiz de 1596 visto por un hidalgo*

inglés, introducción, edición y traducción, con Fernando Olmedo, 2019; *Resistance and practices of rebellion at the age of Reformation (16th-18th centuries)*, Rocío Gutiérrez Sumillera, Manuela Águeda García Garrido, José Luis Martínez-Dueñas (eds.), 2019; y finalmente *Un lenguaje del alba. Estudios de anglo-sajón*, 2023.

Ocupó la letra L desde enero de 2015 hasta abril de 2023. Ha sido presidente de la Academia de 2016 a 2022.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada el día cuatro
de mayo de 2024, 88º aniversario
del nacimiento de Manuel Benítez “El Cordobés”
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Abad,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXXIV